Por lo que toca, pues, á la cuestion de justicia, ninguno que la examine de buena fe puede desconocer nuestros incontestables derechos. Entre los ciudadanos mismos de la nacion que nos ha hecho la guerra, ha sobrado quienes defiendan la causa de la República Mexicana; y esos imparciales defensores no han sido hombres oscuros, sino personajes muy distinguidos. México ha contado con el auxilio, ineficaz por desgracia, pero generoso é ilustrado, de un Clay, de un Adams, de un Webster, de un Gallatin; es decir, con el de las notabilidades mas apreciadas por sus virtudes, por sus talentos, por sus servicios. Su conducta merece nuestro agradecimiento, y los redactores de esta obra tienen una verdadera complacencia en tributarles en este lugar el sincero homenaje de su gratitud.

Tales son los sucesos que nos han orillado á una guerra calamitosa, y en cuya relacion hemos procurado no apartarnos ni una línea de los datos fehacientes que hemos consultado, para comprobar en cualquiera ocasion todos y cada uno de nuestros asertos.

De los hechos referidos resulta demostrado hasta la evidencia, que la causa real y efectiva de la guerra que nos ha afligido, ha sido el espíritu de engrandecimiento de los Estados-Unidos del Norte, que se han valido de su poder para dominarnos. La historia imparcial calificará algun dia para siempre la conducta observada por esa república contra todas las leyes divinas y humanas, en un siglo que se llama de las luces, y que no es sin embargo sino lo que los anteriores, el de LA FUERZA Y LA VIOLENCIA.

CAPITULO II.

ROMPIMIENTO DE LAS HOSTILIDADES.

Palo-Alto.—La Resaca.—Retirada del ejército a Linares.

Luego que el gobierno de los Estados-Unidos se decidió á consumar sus injustos proyectos contra la República Mexicana, dispuso reunir alguna fuerza para sostenerlos. Una seccion considerable á las órdenes de Taylor, entonces brigadier general, acampó en Corpus Christi (Junio de 1845), en acecho de nuestras operaciones, y lista á avanzar hasta el Rio Bravo del Norte en cuanto se le mandara verificarlo.

Desde la desgraciada campaña de Tejas del año de 36, habia habido constantemente en la frontera una parte de nuestro ejército, mas ó menos numerosa, que se habia batido diversas veces en los años posteriores con los tejanos y aventureros que defendian una causa tan injusta como afortunada. Ocupados aquellos valientes soldados en tan honrosa empresa, permanecian allí casi abandonados por la incuria de nuestros gobiernos, separados de sus familias y relaciones, postergados constantemente en nuestros repetidos pronunciamientos, y viéndose con sentimiento olvidados, mientras se prodigaban ascensos y empleos á los que no tenian mas títulos para merecerlos que el favoritismo, la corrupcion, ó el haberse distinguido en las luchas promovidas por la discordia civil.

El gobierno del general Herrera conoció que la paz iba á romperse entre dos repúblicas que debieran ser hermanas, y mandó refuerzos al ejército del Norte, á fin de que hubiera por nuestra parte los preparativos mas indispensables para una guerra casi segura, no ya con un Departamento sublevado y favorecido solamente bajo de cuerda por un vecino pérfido, sino con una nacion poderosa, cuyos elementos de prosperidad contrastaban con el decadente estado á que nuestras locuras é inesperiencia habian reducido á nuestra cara patria.

Los refuerzos de que acabamos de hacer mencion, consistian principalmente por entonces en dos divisiones floridas, mandadas por los generales de division D. Vicente Filisola y D. Mariano Paredes y Arrillaga. La primera emprendió su marcha desde San Luis para Matamoros; pero la mano oculta que tramaba ya una nueva revolucion y que sacrificó luego la gloria de la república á los viles intereses de partido, promovió el escandaloso motin del Peñasco, el cual dió por resultado la separacion del mando del honrado general Filisola, y que la frontera quedara desguarnecida por la falta del auxilio mandado por el gobierno y detenido por los revolucionarios. La debilidad del gobierno, que dejó aquel atentado sin castigo, alentó á sus autores para seguir maquinando; y aquel acto subversivo puede considerarse como la fuente de que despues salieron males sin cuento.

Entre tanto, el peligro crecia por momentos: todo anunciaba el próximo choque de los ejércitos. El gobierno manda nuevas órdenes á Paredes para que se ponga en marcha, llevando á la division que mandaba á su destino; pero aquel general, secundado por algunos hombres tan infames como él, en vez de cumplir con su deber haciendo lo que la patria necesitaba, se rebeló abiertamente contra el gobierno y las instituciones, proclamó un plan anárquico, y se dirigió á México para asegurar el triunfo de su revolucion. El patriotismo esplicó su conducta, diciendo que habia vuelto la espalda al enemigo estranjero para entronizar la discordia civil é introducir un nuevo elemento de anarquía con el apoyo que prestó al partido monarquista; y este cargo, reproducido tantas veces, proferido por la voz doliente de la nacion sacrificada, será tambien repetido por la posteridad. El traidor pronunciamiento de San Luis dará al general Paredes una celebridad funesta.

Mientras las tropas destinadas á las fronteras volvian sobre la capital; mientras el reducido ejército del Norte quedaba así abandonado á sus propios esfuerzos, las tropas enemigas del general Taylor recibian el 15 de Enero de 846 órdenes de su gobierno para avanzar, indicándole lo conveniente que seria ocupar el punto conocido con el nombre de Fronton de Santa Isabel.

Antes de dos meses de recibida la comunicacion que disponia este movimiento, se verificó, marchando el ejército enemigo por el camino del Arroyo Colorado en direccion á Matamoros, donde ya se habian reunido todos los cuerpos que formaban el nuestro, no quedando por toda reserva en aquella vastísima frontera mas que ochenta hombres del 1 de caballería en el Saltillo. En cuanto supo el avance el general Mejía, que mandaba en el puerto, despachó al comandante de escuadron Barragan con una partida de caballería en observacion de los americanos. Como las instrucciones de este gefe le prohibian cometer actos de hostilidad, y era ademas muy corta la fuerza que llevaba, no hizo mas que irse retirando á medida que avanzaba la tropa del general Taylor.

La noticia de la venida de los enemigos no tardó en llegar al Fronton. Los dignos habitantes de aquella pequeña poblacion no pueden resignarse á la desconsoladora idea de vivir bajo un yugo estranjero; prefieren destruir sus cortos intereses é ir á buscar amparo y proteccion en los brazos de sus hermanos. Salen todos del lugar en que sus hijos han nacido, en que sus padres han muerto, y prenden fuego á sus habitaciones, movidos de un patriotismo digno de la mayor admiracion. ¡Qué glorioso seria que las hermosas ciudades de la república que han caido en poder de los norte-americanos, hubieran imitado el ejemplo heróico y sublime de la humilde ranchería del Fronton! . . . .

Los enemigos ocuparon aquel punto, poniéndose inmediatamente en comunicacion con sus fuerzas marítimas; dejaron allí un corto destacamento; dispusieron que violentamente se levantaran algunas obras de fortificacion; y en seguida continuaron su movimiento hácia Matamoros, al frente de cuya ciudad llegaron el 28 de Marzo.

Matamoros, situada en la orilla occidental del Rio Bravo, en un vasto llano, formada de casas de madera y ladrillo, dista catorce leguas de la costa. La cercanía de los enemigos anunciaba que poco tardarian en atacar la plaza, cuya defensa presentaba dificultades muy graves. Abierta por todas partes, escepto por la que la ciñe el rio, poca resistencia podia hacerse en el interior, á lo que se agregaba el

nuevo obstáculo de que las obras de fortificacion que existian en aquella fecha, se reducian á un pequeño reducto, construido al oeste de la ciudad y á unas seiscientas varas de distancia sobre la orilla del rio, en el paso llamado de las Anacuitas. Cuando el peligro llegó á ser mas próximo, se levantó en el Paso Real otro reducto mas reducido aún que el primero; á doscientas cincuenta varas, siguiendo la misma direccion, una flecha, cuyos fuegos se cruzaran con los de los otros puntos; y en la labor de D.ª Rita Giron, entre los dos reductos, una batería dentro de un pequeño bosque. El tiempo urgia: las circunstancias exigian la violenta conclusion de estas obras, que pronto estuvieron en disposicion de servir, á virtud de la actividad y eficacia del coronel Carrasco, encargado de ellas.

Para sostener el ataque no se contaba con las fuerzas necesarias. La guarnicion se componia al principio del batallon de Zapadores, los regimientos de infantería 2.º ligero, 1.º y 10.º de línea, y el 7.º de caballería, el de Auxiliares de las villas del Norte, varias Compañías de Presidiales y un batallon de Guardia Nacional de la misma ciudad de Matamoros. La artillería constaba de veinte piezas de campaña, servidas por una compañía. A los dos ó tres dias de haberse presentado los americanos, llegaron, procedentes de Tampico, el 6.º de infantería, y el batallon y Compañía Guarda-Costa de aquel punto. Reunidas estas dos secciones, formaban un total de cerca de tres mil hombres.

Las municiones no escaseaban, si bien no las habia en abundancia; pero no sucedia lo mismo con los víveres, á causa de no haberse hecho con tiempo y antes del bloqueo del puerto el acopio necesario. Del interior del pais era imposible llevarlos, y mucho menos con la oportunidad debida.

Al amanecer del dia 28, se veian coronadas las azoteas de las casas y los edificios mas altos por la poblacion entera, que esperaba curiosa la llegada de los enemigos. A las diez, cerciorado el general Mejía de que se acercaban, mandó tocar generala: al momento se artillaron los puntos fortificados; se pusieron las tropas sobre las armas, y todos se aprestaron al combate, creyendo que habia llegado su hora.

A las dos de la tarde se presentaron en la orilla opuesta del rio unos oficiales con bandera blanca, haciendo demostraciones de que se nombrara por nuestra parte un comisionado para entrar en conferencias con sus gefes. Mejía envió de parlamentario al general Diaz de la Vega; desembarcó éste en la márgen izquierda del Bravo, y en aquel instante enarbolaron los enemigos la bandera de las estrellas. Indecible es el enojo que su vista escitó en los mexicanos: por primera vez flameaba orgulloso aquel pabellon, enfrente de nuestras fuerzas, como tomando posesion de lo que por todos títulos nos pertenecia. ¿Quién entonces hubiera creido que iba á empezar la época, no pasada todavia, de nuestras humillaciones y desgracias? ¿Quién se hubiera imaginado que esa usurpadora bandera, mecida por el soplo de la victoria, ondearia sobre nuestras ciudades mas hermosas hasta fijarse en el palacio nacional de nuestra capital vencida? . . . .

Los soldados del ejército del Norte se irritan al observar el insulto del enemigo: piden á gritos el combate: ruegan á su general que les permita vengar aquel ultraje. El general Mejía procura calmar su patriótico entusiasmo, sin poder complacerlos, porque sus instrucciones le prohibian aventurar una batalla, á no ser en el caso de que fueran en nuestro favor todas las probabilidades del buen éxito del combate, ó en el de que el ejército norte-americano pasara el rio, pues entonces sí debia resistirles á todo trance, cualquiera que fuese el resultado.

En la conferencia que tuvo Diaz de la Vega con el general Worth, nada ocurrió de importancia. Nuestro comisionado declaró que la marcha del ejército enemigo importaba un verdadero acto de hostilidad; que á pesar de que se denominaba de ocupacion, no podia considerarse su avance hasta donde se encontraba, sino con el carácter de una invasion á mano armada, y que en tal virtud nuestro general en gefe obraria con arreglo á lo que le prescribian sus deberes.

Los dias posteriores á esta entrevista los emplearon los contrarios en levantar con asombrosa actividad un gran reducto bastionado, en el mismo sitio donde habian acampado. Tambien por nuestra parte se siguió trabajando en las obras de fortificacion.

Volvamos ahora la vista á México, donde se hallaba ya establecido el gobierno del general Paredes. Como uno de los motivos en que los revolucionarios apoyaron su pronunciamiento, fué el de que la administracion del general Herrera no queria llevar adelante la guerra, el nuevo gobierno tenia sobre sí el compromiso de hacerla á toda costa. Sin embargo, lejos de esforzarse para cumplir en esta parte con su deber, se contentó con mandar un corto refuerzo, que puso á las órdenes del general Ampudia, á quien nombró en gefe del ejército

del Norte. Ampudia, que de acuerdo con los pronunciados de San Luis, habia servido eficazmente las miras de Paredes, se vió recompensado con ese nombramiento.

La noticia de que Ampudia iba á encargarse del mando en gefe del ejército, se recibió con positivo pesar en Matamoros por las muchas personas con quienes tenia antipatías declaradas, y de las que unas obraban por miras interesadas y bajas, y otras porque lo juzgaban incapaz de llevar á término glorioso la difícil empresa que se le encomendaba. Escribieron, pues, las mas por estraordinario, al presidente, manifestándole las consecuencias funestas que podrian resultar para la nacion de que no se nombrase á otro en lugar de Ampudia, y le indicaban como el mas á propósito al general Arista, que se hallaba entonces en su hacienda de Mamulique.

Ignorante Ampudia de lo que pasaba, luego que llegó á Monterey con la fuerza que llevaba de la capital, dispuso adelantarse con el regimiento de caballería Ligero de México, con el objeto de estar cuanto antes en Matamoros, adonde entró el dia 11 de Abril. El 14 del mismo mes lo verificó su division, que el general graduado Torrejon habia quedado mandando, y que caminó á marchas forzadas. Se componia del 4.º de línea, batallones activos de México, Puebla y Morelia, del 8.º de caballería y de seis piezas de campaña, con la dotacion de 80 artilleros. Constaba por todo de 2,200 hombres.

El plan que el general Ampudia habia concebido, consistia en pasar el rio y batir al enemigo. El 15 iba á empezar el movimiento, que se frustró, porque en la noche anterior le llegó por estraordinario una órden del supremo gobierno, en que se le comunicaba haberse nombrado general en gefe á Arista, quedando él de segundo. Este resultado produjeron las cartas antes mencionadas de los gefes, que decidieron al presidente á obsequiar sus deseos, cometiendo la grave falta de dejar en el ejército un gérmen de discordia con la permanencia de dos gefes rivales y enemistados.

Recibió tambien Ampudia una nota del general en gefe, en que le prevenia que suspendiese hasta su llegada toda operacion. El general Ampudia veia con dolor escapársele de las manos la ocasion de figurar en primer lugar, por cuyo motivo no quiso ceder de luego á luego, sino que procuró llevar adelante su propósito. Al efecto reunió el 19 una junta de los generales y gefes de cuerpo, en la que hizo presente: la seguridad que tenia de alcanzar una victoria completa,

poniendo en ejecucion el plan proyectado, como ya lo habia asegurado al supremo gobierno, respondiendo del éxito con su cabeza; lo precioso del tiempo, que no consentia dilaciones, siendo una pérdida irreparable la de cada minuto que no se aprovechaba; la conveniencia de atacar al enemigo, mientras permanecia en una posicion que calificaba de falsa, y antes de que le llegasen los refuerzos que esperaba. Concluyó su discurso, sosteniendo que si los gefes eran de su misma opinion, se debian comenzar las operaciones, á pesar de la prohibicion del general Arista, justificando su desobediencia con la necesidad de obrar.

Los gefes unánimes le contestaron que estaban dispuestos á obedecerlo en todo lo que les mandara, pues lo reconocian como segundo general en gefe del ejército; pero que contravenir á la órden espresa del primero, seria hacerse cómplices de una grave falta. Perdida así por Ampudia la esperanza de ejecutar su plan con el apoyo que buscaba, no le quedó otro recurso que obedecer, suspendiendo sus operaciones hasta que Arista se presentara.

Los enemigos entre tanto seguian trabajando con suma actividad en sus fortificaciones. Sus soldados empezaban á desertarse, pasando á nuestro campo á presentarse al general en gefe, y teniendo los mas el atrevimiento de arrojarse al rio, á la vista de las guardias avanzadas de los americanos, que les hacian fuego, y los herian ó mataban. Algunos tambien perecieron ahogados.

Por su parte los habitantes de las rancherías cercanas al campo enemigo, se habian armado y estaban en acecho de los que se separaban, por poco que fuera, de sus compañeros. Inmediatamente caian sobre ellos, y les daban muerte, ocasionando al general Taylor bajas de consideracion, entre las que la mas sentida fué la del coronel Cross, reputado como uno de sus gefes mas valientes é instruidos.

El general Arista se dirigia entonces á Matamoros. El 23, estando en el rancho del Solinceño, distante tres leguas de aquella ciudad, sobre el camino de Reynosa, determinó comenzar á poner en práctica el plan que habia formado, por lo que mandó que se le reuniera allí toda la caballería, el batallon de Zapadores, y dos compañías del 2.º ligero, á las órdenes del general Torrejon. El 24 pasaron estas tropas el rio, por el punto llamado de la Palangana, y fueron á situarse entre el camino que va del Fronton á Matamoros, con lo que los enemigos que estaban al frente de la plaza, quedaron cortados de

su base de operaciones, de la que les venia toda clase de auxilios. El 25 tuvo Torrejon una ligera escaramuza en Carricitos con una partida de caballería, á consecuencia de la cual quedaron muertos ó prisioneros 70 hombres de los americanos.

El general en gefe, despues de dirigir en persona la operacion practicada por la tropa de Torrejon, continuó su marcha á Matamoros, donde tomó sus disposiciones para poner en ejecucion el plan que se habia propuesto. Una vez interceptada la comunicacion, como ya lo estaba, entre el Fronton de Santa Isabel y las fuerzas del general Taylor, era casi seguro que éste tendria que aventurar una batalla, para restablecerla, y esto era precisamente lo que queria el general Arista. La empresa, sin embargo, era atrevida, en razon de que no teniamos ni trenes de puente, y una derrota, con un rio caudaloso á la espalda, debia ocasionar la pérdida de los Estados de oriente. Con todo, hay que observar que Arista obraba así, no solo por ejecutar el plan que habia formado, y de cuya bondad no dudaba, sino tambien para cumplir las órdenes espresas del ministro de la guerra Tornel.

La fuerza de la verdad nos obliga á decir en este lugar, que sobre las disposiciones del general en gefe recayó la amarga censura del general Ampudia. La antigua rivalidad de ambos revivió mas ardiente, enconada con el nuevo motivo de desunion, ocasionado por la mutacion del mando del ejército: el espíritu de discordia levantó la cabeza cundiendo rápidamente; y aquellas escandalosas disensiones fueron, como vamos á ver, una de las causas principales de los desastres que principiaron la serie dilatada de nuestras derrotas.

Segun el plan indicado del general Arista, el ejército debia pasar el rio para reunirse á la seccion que antes lo habia verificado, é interponerse todos entre las fuerzas enemigas de enfrente de Matamoros y las que habian quedado en el Fronton. Para ejecutar este movimiento, se pusieron en marcha las tropas, con 12 piezas, desde la ciudad para el rancho del Longoreño, distante cinco leguas, sobre el camino de la Boca del Rio, que era el punto señalado para verificar el paso.

Se procuró ocultar al enemigo la salida de las tropas, para que la sorpresa fuese completa. Quedó en Matamoros el general Mejía con el batallon activo de México, varios piquetes de distintos cuerpos y el resto de la artillería.

Se ordenó al general Torrejon, que con la fuerza de su mando

se dirigiera al punto designado para el paso con el fin de favorecerlo. Grandes eran las dificultades que se presentaban para su verificativo, pues por una falta indisculpable no se reunió el número de embarcaciones con que se hubiera podido contar, y el ejército entero pasó el rio en solo dos chalanes que conducian succesivamente á las tropas á la márgen opuesta. Esta bromosa operacion, que duró como veinte y cuatro horas, dió tiempo al enemigo para evitar nuestro encuentro, con lo que se perdió una escelente oportunidad de derrotarlo, y sobre esto llamamos la atencion.

A las dos de la tarde de aquel mismo dia habia recibido Arista un aviso de Mejía, en que le daba parte de que en el campamento enemigo se notaba un movimiento general. Despues de abatir sus tiendas, se preparaban á ponerse en marcha, disponiendo sus carros y su gente. Era de presumirse que el general Taylor se moviera sobre el ejército de operaciones, conforme lo habia previsto su general en gefe; pero no era tampoco difícil que se dirigiera sobre Matamoros, donde solo habia quedado una corta guarnicion. Por esta razon se mandó contramarchar al batallon de Morelia, que se envió de refuerzo á la plaza.

Recibióse el 2 la desconsoladora noticia de que el general Taylor con 2.000 hombres, aprovechándose violentamente de la dilacion de nuestras fuerzas en el paso del rio, habia pasado para el Fronton, frustrando el plan primitivo del general en gefe; pero como debia creerse que volveria con refuerzos al socorro de los compañeros que dejaba enfrente de Matamoros, se resolvió esperarlo en la llanura, y se continuó la marcha á Palo-Alto, donde se acampó.

Con el objeto de que la vuelta del general enemigo fuese cuanto antes, convenia hacer mas crítica la situacion, bastante angustiada ya, de los americanos abandonados en el fuerte recien construido. Contra éste rompió, pues, sus fuegos la plaza al amanecer del dia 3.

El 4, nuestro ejército cambió de posicion por falta de agua, acampando en los Tanques del Ramireño. El 5, dispuso Arista que el general Ampudia marchara sobre el campamento y fuerte de los enemigos para hostilizarlos, llevando consigo el 4.º de infantería, el batallon de Puebla, dos compañías de Zapadores, 200 hombres del regimiento auxiliar de las villas del Norte y cuatro piezas de artillería. Agregóse despues á esta fuerza el batallon de Morelia, que pasó el rio por las Anacuitas.